

to vanidoso de los que nos creemos sobrevivientes. Nosotros somos su vida. Más inmortal que todos, nos hace sentir su presencia sin que nos demos cuenta. Es como un ejemplo que se adquiere —no sabemos donde ni cuándo!—, es un guía que no habla, pero que señala sin vacilar, el buen camino. Es el maestro que no necesita palabra, ni pizarrón, ni nota, ni pasar lista, ni puntero.

Cuidar una biblioteca no era para él el rol de un guardián de bodega, ni un archivero que se gasta los ojos en inventarios obsesivos y estériles.

Llenaba de vida cuanto hacía. Prueba es cómo nos dejó, insuflados de viento, ambiciosos de lo más alto en lo ético, en lo estético, en lo vital. ¡Qué trágica herencia!

El Boletín lo atestigua. Su deseo de un crecimiento excepcional para aquellos bajo su influencia es evidente; su anhelo de calidad integral no conocía límites. El Boletín era sangre viva —la suya; el corazón del Instituto— el nuestro, el de todos, el que sigue latiendo por su impulso.

Uno de sus últimos discursos está lleno de estos ideales, de los que creen en la juventud y en el rol protagónico que deben ocupar en la historia de la humanidad; sin entender por esto la juventud en años, sino la tan trillada y mal comprendida juventud del alma, que es vigor, vitalidad, afán.

¡La época no es la misma! Nuestros tiempos desconocen todo aquello valioso de la juventud, estimulando sus peores defectos: la vanidad, lo superficial, el arrebato, la tentación, la negación del pasado como algo caduco, la idolatría de valores banales, el creerse el futuro aquí presente.

Este "juvenilismo" incluso ha contagiado a los adultos, convirtiéndolos en pasto de ideologías mal entendidas, morales de competitividad inescrupulosas, voracidad de tener, estar a la moda, verse bien, antes que ser verdaderamente "íntegros". La educación de la juventud es despreciada; los profesores considerados en su rol fundamental, siendo avasallados por estrellas de un día, ídolos manufacturados, y publicistas que desde la oscuridad, prestan un mundo de sueños de tercera clase.

Ahora es cuando más nos hace falta su presencia, don Ernesto. Falta gente como usted, los de una sola línea, los capaces de una labor titánica sin pedir nada a cambio; los que saben esforzarse a largo plazo, los que defienden como una sola cosa la Verdad, el Bien, la Belleza —son palabras suyas—; los convencidos de que la cultura es la verdadera alma de un pueblo.

Es nuestra responsabilidad que su semilla no muera, no se agote, dé frutos contra viento y marea, tal como usted levantó la biblioteca y sacó adelante un órgano de la importancia del Boletín, cuyo efecto se mide en sus lectores, en lo que nos influyó, en lo que nos ha transformado, lo que nos marcó para siempre.

Sea esto, más que un homenaje, un compromiso; el reconocimiento de una deuda, una deuda gozosa y fecunda.

¡Gracias, Don Ernesto!

(*) Se refiere a otro discurso, leído en la misma ocasión.

Alcin: Entre la Realidad y la Fantasía

Andrés López Umaña

Sin lugar a dudas, nos enfrentamos a una nueva etapa en la historia de nuestro establecimiento: una etapa de reconstrucción, de búsqueda, de replanteamiento, de rescate, de proyección. Es por eso que, en el ámbito de este proceso, la reorganización del que quizás haya sido uno de sus centros intelectuales más importantes, dado el reconocido aporte entregado durante años al devenir político y cultural de nuestro país, la Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional (ALCIN), se constituye como un acontecimiento de alta trascendencia; ahora bien, ¿cuál es la causa de tal consideración, para estar tan destacada en esta verdadera "época de reinserción"? Propicia es esta ocasión para tentar una reseña de las actividades de ALCIN, teniendo siempre presente su valioso aporte intelectual y espiritual, brindados desde sus inicios, hasta hoy.

Un inusual 24 de agosto de 1940, el sobrio edificio neoclásico del Instituto fue el sitio donde ALCIN vio la luz por vez primera, en un sencillo acto inaugural. Su primera directiva estaba encabezada por el profesor de Literatura y ex-diputado conservador Don Emilio Tizoni y por Don José Venturelli, alumno por aquel entonces de Tercer Año de Humanidades, quien llegaría a convertirse en una de las figuras más importantes de la Plástica chilena contemporánea; a la cabeza de éstos y por largos años preceptor y mentor de la Academia, Don

Ernesto Boero Lillo, un extraordinario humanista que consagró su vida a la institución que siempre amó, tan entrañablemente. Redactadas las bases y elegidos los académicos, ALCIN inicia su andar. Prestigiosos antecedentes la acompañarían en su trayectoria: ya en 1877, el insigne hombre de letras volviviano, Don Gabriel René Moreno, que a la sazón se desempeñaba como bibliotecario de nuestro establecimiento, fundaba la Academia Literaria... y aún más atrás, en 1842, cuando un núcleo de jóvenes institutanos, entre los que se contaban Eusebio Lillo, Alberto Blest Gana, Salvador Sanfuentes y José Victorino Lastarria, formó el que sería el movimiento pionero de las letras chilenas: La Sociedad Literaria. Tanto en estos egregios hombres del pasado, como en los entusiastas jóvenes de ALCIN, el espíritu de la creación literaria prendía hondamente en sus corazones ávidos de una nueva experiencia.

A lo largo de casi 33 años de actividad casi ininterrumpida, la labor de ALCIN se sometía prácticamente al mismo esquema. Los académicos exponían sus trabajos que frecuentaban mayormente los géneros de Poesía, Cuento y Ensayo, recibiendo luego la crítica y el comentario de sus contertulios, generando, en más de alguna ocasión, apasionados debates en torno a las posturas de cada uno frente a las obras leídas. Esta mística creada en el seno de la Academia es notablemente sin-

tetizada por la inspirada pluma de Don Ernesto Boero Lillo: "La ALCIN es la resultante de afines impulsos individuales. Allí, no obstante el individualismo mengua su soberbia; la tímida sumisión, en cambio, se inquieta. La afinidad está en la fuente y en los propósitos. Forman su unidad. En ella conviven sin agravios, la acción y el ensueño, la realidad y la fantasía, la verdad y la ilusión. No hay piedra ni argamasa en su edificio, que es inmaterial. Ni el dinero se asoma con sus falacias. Es como aquellas plantas que viven suspendidas sin tocar tierra, nutridas de aire y de sol; de espíritu y de voluntad. Cada cual, sí, lleva lo que el mundo enraizado en la tierra le dice. O lo que su personal temperamento inquiridor es capaz de acoger e interpretar".

No obstante, las sesiones no fueron el único medio de expresión de ALCIN; las páginas del BOLETIN DEL INSTITUTO NACIONAL se abrieron para los jóvenes escritores. Así, revisando viejos boletines, nos encontramos con las primeras creaciones de un Enrique Lihn, de un Antonio Skármeta, de un Waldo Rojas... Gracias al BOLETIN, la Academia tuvo oxígeno para sus siempre jóvenes y vitales pulmones. El año 1965, las Ediciones del Boletín del Instituto Nacional (que aparte del BOLETIN editó el primer poemario de Waldo Rojas, "Agua Removida", y las "Crónicas" de Don Ernesto Boero), publica una notable "Antología: Cuento, Poesía, Ensayo. ALCIN", con un espléndido dibujo de José Venturelli en la portada. En el plano externo, la Academia convocó numerosos certámenes literarios, a nivel nacional e internacional. Como el de 1943, en el que participaron alumnos de enseñanza media de Argentina, Perú, Bolivia y Chile, y el de 1955, convocado para los alumnos colombianos. Además, ALCIN se había ganado un sólido prestigio en los círculos intelectuales del país. Ello lo demuestra la lista de importantes autores que colaboraron en el BOLETIN, o fueron distinguidos como Directores Honorarios de la Academia. Es el caso de escritores como Pedro Prado, Samuel Lillo, Diego Dublé Almeyda, Pablo Neruda y Gabriela Mistral; Augusto D'Halmar, Manuel Rojas, Marta Brunet, José Donoso, Fernando Alegría y Benjamín Subercaseaux, entre otros.

No podemos concluir esta fase de nuestra reseña sin dejar de nombrar a algunos de los miembros de ALCIN en aquellos años, quienes, con el correr de la historia se transformarían en importantes actores de ella, tanto en el área política como cultural: Destacamos a Don Ricarlo Lagos, actual Ministro de Educación, Don Jorge Cauas, exministro de Hacienda durante el gobierno anterior y Don Mario Arnello, exparlamentario y exdirector de la Biblioteca Nacional; a los poetas Don Manuel Silva Acevedo y Don Luis Droguett Alfaro, a los dramaturgos Don Carlos Cerda y Don Marco Antonio De La Parra, al narrador Don José Miguel Varas, al ensayista Don Jorge Guzmán... en fin, ellos y muchos otros más construyeron y soñaron, llevando, donde quiera que iban, el espíritu emprendedor y visionario de la Academia; los exitosos caminos que cada uno de ellos siguió así lo demuestran.

Tras casi 17 años de prolongado silencio, y coincidiendo con la celebración del cincuentenario de su fundación, en 1990, ALCIN reabre sus puertas, gracias al esfuerzo de exalumnos y profesores, entre los que se destacaron Don Carlos Villagas y Don Luis Elmes, este último, actual Profesor asesor y Director de ALCIN. El día 24 de agosto, en ceremonia solem-



Directorio de ALCIN, en reunión de trabajo, dirigida por su presidente, alumno Hugo Rosas Ortiz.

ne, la nueva directiva, encabezada por su presidente, Don Mario Aliaga, entonces alumno de Cuarto Año F, y conformada por el vicepresidente, Rafael Prieto alumno de Cuarto Año G, Rodrigo Silva, secretario de Actas, alumno de Tercer Año H, Iván Bejarano, alumno de Cuarto Año A, tesorero, y Alvaro Olivera, alumno de Cuarto Año K, R.R.P.P., declara inaugurado el nuevo período de sesiones. Es un tiempo de exploración, de redescubrimiento, de expectativas y tentativas. El certamen literario, convocado para el aniversario del Instituto, contó como miembros del jurado a cuatro exacadémicos, Carlos Cerda, Marco Antonio De La Parra, Luis Droguett Alfaro y Miguel Arteche. En la premiación efectuada el 10 de agosto, en el Teatro de la Universidad de Chile, prácticamente todas las distinciones fueron obtenidas por académicos. En Poesía, el primer lugar lo obtuvo el alumno de Tercer Año H, Rodrigo Zúñiga, el segundo fue adjudicado a Rafael Prieto; menciones honrosas obtuvieron los alumnos Rodrigo Bravo de Tercero G, y Felipe Aguayo de Cuarto Año M. En Narrativa, el primer lugar fue compartido por los alumnos Mauricio Salamanca de Cuarto Año D y Andrés López de Tercero G; el segundo premio correspondió a Hugo Rosas Ortiz, también alumno del Tercer Año G; menciones honrosas fueron otorgadas a los alumnos Alvaro Olivera, Mario Aliaga, César Muñoz Bravo de Cuarto G, y Francisco Goicovich de Cuarto F. Además de las periódicas sesiones de lectura y comentario, ALCIN también contó con sesiones especiales, las visitas de exacadémicos: en agosto, el invitado fue Don Carlos Cerda. Posteriormente, el 12 de septiembre, fue el actor radicado en París, Don Oscar Castro. El 13 de septiembre, una delegación de ALCIN asiste a un acto realizado en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el que contó con la participación del poeta Alfonso Calderón y del escritor Don Antonio Skármeta, acerca de la obra de este último. El 9 de noviembre, el señor Skármeta es nombrado Director Honorario, juntamente con el profesor asesor, Sr. Luis Elmes Araya.

Así concluyó el año número 50 de una ALCIN siempre despierta e inquieta.